

A large, stylized orange graphic on the right side of the cover, resembling a bird in flight or a flame, with flowing, curved lines.

LIBERALISMO CASERO

Félix Sardá y Salvany

1897

LIBERALISMO CASERO

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.

DIRECTOR DE LA

REVISTA POPULAR

CON LICENCIA ECLESIASTICA



BARCELONA

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5

1897

VICARIATO GENERAL DE LA DIOCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el opúsculo titulado *Liberalismo casero*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final del opúsculo, y entréguese dos ejemplares de éste, rubricados por el Censor, en la Secretaría de Cámara y Gobierno de este Obispado.

Barcelona, 30 de Agosto de 1897.

El Vicario general,

FRANCISCO DE POL.

Por mandado de Su Señoría,

DR. JAIME BRUGUERAS, *Pbro., Scio.*



LIBERALISMO CASERO



I

E veras otra vez Liberalismo y liberales? ¿No se ha agotado todavía el tema, ni teméis haceros con él medianamente pesado y machacón?

—No, por cierto, que así como el Liberalismo nos lo encontramos hoy en todas partes, hasta en la sopa; así hay que hablar de él siempre y en todos los tonos, aun con riesgo de que le llamen á uno lo que vos acabáis de indicar, y á que yo me someto con el mayor gusto.

—Es que tal vez no sea más que manía

vuestra eso de ver al Liberalismo en todo y en todas partes. A los demás, ó sea, á la más numerosa representación del género humano, ciertamente no les sucede así.

—Lo cual, amigo mío, confirma mi apreciación en vez de desmentirla.

—¿Cómo?

—Por la sencilla razón de que no advierten esas cosas los que están más metidos en ellas, sino los más apartados. Como de una atmósfera infecta no se dan cuenta por lo regular los que la están respirando y envenenándose con ella hace ya algún tiempo. Quienes la notan son los que pasando de un aire más puro entran de repente en aquel que está saturado de la infección.

—Puede que sí, según vais discurrendo. Mas, ¿por qué os habéis fijado con preferencia en lo que acabáis de llamar *Liberalismo casero*, pudiendo estudiarlo en cualquier otro de los organismos sociales, ya que, según vos, andan todos más ó menos contagiados de esa que llamó en sus días Pío IX general epidemia?

—Porque ahí, en la familia, es precisamente donde medra y hace con más disi-

mulo sus estragos el sobredicho universal contagio. Para muchos el Liberalismo es puro achaque de la política: tanto es así que los infelices no saben presumir que se hable sino de política cuando se habla de Liberalismo. Para otros es ya algo también como escuela economista y literaria y artística, y no les falta razón. Mas el concepto claro y verdadero de esta pestilencial enfermedad del género humano en nuestros días, creedme, no lo tienen sino los que empiezan por hacerse cargo de su universalidad. Y así ven que puede hallarse en todo el hombre y en todo lo que al hombre pertenece y en todo lo que el hombre manipula; gobernación de Estados, confección de leyes, sistemas económicos, planes de educación y de enseñanza, criterio científico, ideales y procedimientos artísticos, todo, hasta lo que más parece apartado de esa letal influencia; todo ¿quién lo diría? hasta el ascetismo, hasta la piedad.

—Ciertamente.

—El Liberalismo doméstico es además de una índole tal, que merece ser, más que el otro gubernativo y político, descubierto y anatematizado. Primero por la razón di-

cha de vivir entre nosotros con más sutiles apariencias de hombría de bien, y por tanto causar á todos menos alarma que debiera. Segundo, por ser aquí de mayor consideración sus estragos por lo mismo que hieren más en lo vivo y vital, y en lo que forma, por decirlo así, las vísceras más delicadas del social organismo.

—Bien me parece valdría la pena de que desarrollaseis algo más este pensamiento, que se me figura fundamental en la materia.

—Y que realmente lo es. Es aquí el contagio del siglo más disimulado; tanto que no es raro hallar padres de familia católicos que luchan por la soberanía de Dios en el campo de la política contra toda suerte de Liberalismos, y sin embargo penetrando en el seno de su hogar véseles que tienen huésped y alojado, y no solamente huésped y alojado, sino príncipe reconocido, en casa, al mismo que fuera de ella combaten con todo el arrojo y varoniles alientos de buenos cristianos. ¡Si el hombre está lleno por nuestra vergüenza de esas inconsecuencias y viceversas! Si no es raro encontrar quienes presumen de ser

perfectos católicos en su vida privada, y alardean no obstante de vivir y obrar como perfectos liberales en su vida pública, tampoco es difícil tropezar con quienes en su vida pública hacen gala de radicalismo antiliberal, y aun se llaman, si me apuráis, ultramontanos, y sin embargo son liberales donde menos debieran serlo ó parecerlo, que es en la pequeña sociedad doméstica de la cual les ha constituido Dios jefes y legisladores, y por tanto únicos responsables.

—¡Verdad incontestable!

—Y en ella veis apuntada la razón de dar en alguna manera tanta ó más importancia al Liberalismo doméstico, que al político y gubernamental. De éste, por muy comprometido que se halle el ciudadano moderno en la vida pública, podemos más ó menos sustraernos y sacudir, hasta cierto punto, algunas de sus responsabilidades. Del otro no. Padres ó hijos ó simplemente cabezas de familia sómoslo todos, y nadie escapa aquí de hacer política casera ó con Dios ó contra Dios. Toca, pues, á todos en este orden lo que en el otro no toca, directamente al menos, más que á algunos. Juzgad, pues, si á tontas y á locas, ó si

más bien con sobrada razón y motivo, he resuelto escribiros hoy sobre esta materia. De ello deduciremos que si el Liberalismo es pecado, en ninguna parte es más grave pecado que en ese terreno peculiar en que nos proponemos ahora estudiarlo. Y sacaremos por contera que hay en este mundo más liberales de lo que parece.

—Basta. No necesitabais ciertamente dar tantas explicaciones para quedar muy justificado en la elección. Dios os dé buen acierto, y empezad cuanto antes.





—En Dios y en mi ánima, amigo mío, que al verme hoy cara á cara con este asunto, no sé casi por dónde empiece á introducirme en él y por cuál de sus lados ó flancos lo aborde.

—¿Tantos tiene?

—'Lantísimos, y todos á cual más interesantes y llamativos.

—Pues empezad por el primero que os venga á mano, y buena suerte os dé Dios.

—El nos la depare buena. Hemos de presuponer, ante todo, que la familia es una sociedad, como que hasta con ese nombre de sociedad doméstica la habréis oído llamar mil veces por ahí. Y como sociedad en mucho análoga á la otra civil, que puede considerarse ampliación y desarrollo de la doméstica, necesita un eje ó piedra angular, ó un pilar central ó viga maestra en que estribe y se apoye toda, y esto es en ella la autoridad. Es un pequeño Estado con su jefatura propia; es un cuerpo de

varios miembros con su cabeza; es un ejército con caudillo; es una nave con piloto; es... acabemos al fin, es cualquier cosa de las que suponen partes ligadas entre sí y con sujeción á algo que preside á todas, y á todas mantiene en orden y concierto, y á todas endereza y conduce á su debido fin. ¿No tenéis vos igual concepto de lo que se llama casa ó familia?

—Sí, en efecto, y tal es la noción que de ella ha tenido desde su cuna con maravilloso acuerdo todo el género humano.

—Porque realmente es ésta una de las nociones fundamentales de él, una de las que no ha discurrido el hombre á su antojo, ni han inventado las leyes humanas, ni ha descubierto en sus adelantos la civilización. De la propia naturaleza del hombre procede; lo cual equivale á decir que procede del Autor de ella, que de esta suerte y no de otra la crió.

—Incontestable es, y basta no ser ateo bravo para sentirse obligado á reconocerlo.

—Ahora bien. Si el fundamento y eje divinamente instituido de la familia es la autoridad, empezad á juzgar cuál andaré la familia que presuma de vivir sin ella, ó

lo que es lo mismo, de vivir moralmente decapitada. Tal es el primer caso y el más frecuente de la familia montada á lo liberal; es decir, la familia en la cual no hay quien ejerza la primera función orgánica de la misma, que es la de la autoridad.

—Pero ¿creéis que de veras hay familias en el mundo que vivan de esta suerte? ¿Creéis que es posible la existencia de cuerpos que vivan y anden decapitados?

—Sí, amigo mío, con tal que me concedáis que tales entidades, aunque aparentemente vivas, no son más que cadáveres en verdadero estado de corrupción, como espero haceros ver.

—Veámoslo, pues.

—Son muchas, sí, las familias que viven á su manera, sin este esencial requisito de la autoridad, aunque parezcan tenerla. Y son: 1.º las que tienen materialmente su persona-jefe, pero sin que ésta ejerza en modo alguno las funciones de tal; 2.º las que tienen á su frente esta persona-jefe, pero ejerciendo malamente su autoridad, lo cual ciertamente es peor que no ejercerla en manera alguna. Dad ahora, si os parece, una ojeada á vuestro rededor, y ved

si son pocas ó muchas las familias que así se encuentran y que yo me he permitido llamar, con frase tal vez algo realista, moralmente decapitadas. Es el primer caso de fulminante y brutal Liberalismo que encontramos en ellas.

—Algunas hay.

—Ya sacaremos luego la cuenta, y veréis que son más de algunas. ¿Qué queréis? Como á Dios se ha querido derrocar de su trono de los cielos, lo cual no se ha conseguido, porque hasta allá no llegan las bravatas revolucionarias; como al mismo se ha logrado derrocar de su trono social, porque en eso, desdichadamente, puede algo por el mal uso de su albedrío la humana criatura; así en la familia, para conseguir el destronamiento de Dios en ella, se empieza por suprimir en la misma su legítima representación, que es la autoridad paterna.

Fueron, en efecto, procedimiento y artimaña usuales en el Liberalismo, al introducirse por primera vez en los Estados cristianos, valerse para ello de los propios soberanos que en los mismos imperaban. Necesitaba la secta suprimir á Dios en la

gobernación de los pueblos, y para lograrlo era primeramente indispensable suprimir al príncipe, que estaban acostumbrados de antiguo los pueblos á mirar como imagen y delegado respetabilísimo de la Divinidad.

—Es indudable.

—Ahora bien. Donde se pudo realizar á mano airada, ó como se dice, de golpe y porrazo esta supresión, hízose así. Tal sucedió en Francia, donde la Revolución llevó sencillamente sus reyes á la guillotina. Donde no pudo adoptarse sistema tan expeditivo, se adoptó otro que dió á la postre iguales resultados. ¿Sabéis cuál?

—No me ocurre, á fe.

—El de que los reyes se suprimiesen á sí propios, por medio de concesiones incompatibles con lo esencial de la realeza, y hasta con lo esencial de toda forma de autoridad; declarándose ante sus propios súbditos, no soberanos, como siempre se había entendido en el mundo esta palabra, sino simples refrendadores de los acuerdos del pueblo, ó mejor de la turba popular, en quien con esto reconocieron residir la verdadera soberanía.

—Tenéis razón, muchísima razón.

—No la tendré, pues, menos cuando os diga que este mismo procedimiento se ha puesto en práctica para suprimir la autoridad paterna en la familia. No ha sido tan fácil arrancarla de ella por fuerza extraña: ha sido empero muy común inducir al padre á que él mismo se declarase (prácticamente al menos) desposeído de toda autoridad para gobernarla, y reducido ante sus súbditos á la miserabilísima ralea de rey liberal, de los que hoy se usan por nuestros pecados.

—¿De los que *reinan y no gobiernan*, querréis decir?

—Exactamente, y como si me lo hubieseis quitado de la boca. Porque toda la autoridad y fuerza moral de muchos padres de familia en el día de hoy parece reducida á esta inverosímil fórmula de realeza. Reinan ellos; así lo parece al menos en ocasiones dadas, pues en otras ni eso parece, tan triste y humillante es su manera de reinar. Reinan, digo, ellos, pero no gobiernan, ni saben lo que es gobernar en manera alguna. Gobierna según sus antojos la mujer, gobiernan con inaudito descaro

los hijos, y gobiernan y se imponen éstos con tanta mayor insolencia cuanto son más chiquillos y mocósos. Todos, en una palabra, gobiernan y hacen prevalecer su libre é independiente voluntad en aquella deliciosa Babel, menos el que tiene recibidos de Dios el derecho y el deber de imponer á todos la suya, fundada en los dictámenes de la razón, de la experiencia y de la ley cristiana. Risa da, tanta como lástima, ver á qué desairado papel queda reducida la paternidad en casas montadas de esta manera, que hoy son por nuestra vergüenza las más.

—Partís, me parece, de un supuesto falso, ó por lo menos mal definido. Atribuís al padre una autoridad absoluta, que siquiera deberíais reconocer deber ser compartida con la madre y con los hijos mayores de edad.

—No, amigo mío; sois vos quien aquí confunde las especies. La madre y los hijos de mayor edad son parte integrante en el cuidado de la familia, pero no son los jefes natos y divinamente instituídos de ella. Este honor y la jurisdicción y las responsabilidades consiguientes sólo al pa-

dre pertenecen. La madre y los hijos (aun los de mayor edad) son por divina y humana ley súbditos, y deben ser los primeros en el respeto y en la obediencia. Púdeselos considerar á los más como cuerpos consultivos, en especial la madre, de quien dice el buen sentido popular por boca de Sancho Panza y de un viejo refrán: «El consejo de la mujer es poco, y quien no lo sigue es un loco.» Mas de eso á que se alcen tales súbditos con el ejercicio de la soberanía, reduciendo al padre á la muy humillante situación de los reyes constitucionales modernos ante sus Cámaras legislativas, hay una gran diferencia.

—¿Sois, pues, partidario franco del absolutismo en la familia, como vos y los vuestros parecéis serlo en el gobierno de la sociedad civil?

—Ni en la una ni en la otra, pues el absolutismo no es más que el cesarismo ó el Liberalismo de los príncipes, que es igual ó de peor calaña que el de los pueblos.





RAN verdad dejáis asentada en el capítulo anterior, cuando decís que en muchas casas á la moderna, el padre ha dejado de ser el jefe verdadero de ella, reduciéndose todo su papel á mera presidencia honoraria ó á reinado de rey constitucional. Sin embargo, juzgo que no andáis tan exacto, cuando afirmáis que ése es achaque general de las casas del día. En muchas, no lo dudéis, se manda todavía duro y recio como en el antiguo régimen. A ésas no las podréis ciertamente acusar vos de vicio de Liberalismo.

—Más que á las otras tal vez, según sea ese modo duro y recio de gobernar á que estáis aludiendo.

—Pues no os comprendo, á fe.

—No se me hace extraño, porque en esta materia andan más que en otra alguna, en

«miserable confusión las ideas, aun entre personas que como vos presumen, y no sin razón, de más que medianamente ilustradas.

—Gracias por el obsequio, pero explícaos de una vez.

—Todo el toque de la explicación ó clave del enigma está en tener noción exacta (cristianamente hablando, que es como debemos hablar siempre los cristianos), de lo que se entiende ó entenderse debe por gobernar. Para el vulgo de las gentes, y son aquí vulgo muchas que ciertamente no se lo figuran, gobernar es sencillamente imponer uno á muchos su propia voluntad, y creen se es tanto más liberal cuanto por más flojitos ó suavizados procedimientos se verifica tal imposición, y que se es tanto menos liberal cuanto más á palo limpio se verifica. ¿No es verdad que así suele entenderse por el común de los mortales la diferencia entre Liberalismo y absolutismo?

—Sí, en efecto.

—Pues hay en eso grosera equivocación. No son verdaderos opuestos entre sí Liberalismo y absolutismo. Al revés, un consecuente liberal suele resultar casi siem-

pre un perfecto absolutista, y el más brutal absolutista no es al fin y al cabo más que un perfecto liberal.

—Aquí sí que os pierdo la pista.

—Voy á ponerlos en ella en un santiamén. Liberal es todo aquel que ha erigido en criterio y norma de gobierno su propia razón y voluntad, con independencia más ó menos franca de la razón y voluntad divinas. ¿Comprendéis eso?

—Páreceme que sí.

—Por lo mismo comprenderéis también que esa manera de gobernar por criterio y razón propia sin sujeción alguna á la divina ley, lo mismo puede darse en una república democrática, que en una monarquía templada ó en otra absoluta, si el rey ó el presidente ó la asamblea han erigido en principio que pueden legislar y por ende gobernar según á ellos se les antoje, sin limitación alguna por parte de otro poder superior del cual deban en todo reconocerse súbditos.

—También eso comprendo.

—Tenemos, pues, que no está el Liberalismo en que se gobierne con corona real ó imperial, ó con gorro frigio, ó con som-

brero de copa; ni en que dicte leyes una asamblea libre, ó las dicte un príncipe más ó menos asesorado ó sin asesorar; sino en que tales príncipe ó asamblea ó caballero particular dejen de reconocer sobre sí el poder divino del cual son simples mandatarios, y sobre su ley humana otra ley eterna y revelada de la que deben ser mera traducción y aplicación las humanas legislaciones, y sobre su jurisdicción y temporal señorío otra jurisdicción y señorío sobrenaturales á quien deben rendir obediencia y de quien reconocerse á su vez humildes vasallos. Dejar de reconocer eso, es ser liberal, sea cualquiera la forma de gobierno en que eso suceda. Reconocer tal divina jurisdicción y someterse á tal vasallaje, y á tenor de él gobernar en nombre de Dios á los hombres, es no ser liberal, es ser autoridad genuínamente cristiana.

—Ciertamente. Lo veo claro.

—Aplicuémoslo ahora á lo que estamos tratando, ó sea al gobierno de la familia. Además de los infelices padres calzonazos que no gobiernan en ella ni bien ni mal, porque han abdicado en sus súbditos este empleo, hay los otros que tomándolo en

diverso sentido presumen de ser en casa el único rey, ó mejor el único dios, para que á su querer se dobleguen todos sin más razón que la de ser querer suyo. Falsos padres ó mejor...

—¿Tiranos verdaderos, querréis decir?

—Habéis acertado la palabra y completado la frase. Tiranos, que aman mucho, muchísimo la libertad, para monopolizarla toda en su provecho, y en daño y opresión de los demás. Tiranos, que erigen en cetro el palo, y en razón el capricho, y en ley de gobierno el *todo el mundo boca abajo*, por la sola fuerza de su voluntad despótica. Tiranos, que no merecen ser llamados padres de familia, sino cómitres de galeotes ó capataces de esclavos, que no comprenden ni estiman para nada la nobleza de la obediencia y del respeto filiales, sino los terrores y vil abyección de la servidumbre. ¿Habéis conocido padres, digo mal, fieras domésticas de este jaez?

—A docenas.

—Pues yo también, y á todos he calificado de casos fulminantes de Liberalismo de la peor especie. Liberalismo que, como en el de los Estados, consiste en declararse el padre libre y emancipado del freno de la



Tiranos, que erigen el cetro en palo...

ley de Dios, para más á sus anchas y con mayor libertad explotar y oprimir á sus infelices subordinados.

—Sí, tenéis razón, muchísima razón.

—Pues bien. Ni el miserable cobarde que se resigna á llevar sobre sí la imposición de cualquier antojo de su familia, ni el fiero dictador que como yugo de bestias quiere que aguante ella su propia imposición, nos ofrecen el verdadero ideal del jefe de familia según Dios, única autoridad legítima del hogar doméstico; del padre, en una palabra, digno de este nombre y con carácter y procedimientos de tal. Es, sí, todo eso, es verdadero padre cristiano, el que entiende que para mandar bien á los otros es preciso hacerse antes ejemplo vivo de la más exacta obediencia á la divina ley, como que gobernar no es en definitiva más que *cumplirla el gobernante y hacerla cumplir á los gobernados*. ¿No os parece sencilla esta fórmula?

—Y clara y transpatrente como el agua.

—A pesar de lo cual anda el mundo fatigándose en elaborar prolijas y penosas teorías de gobierno, que nacen y mueren en un día; cuando tan á mano tiene la tan sencilla y casera que os acabo de indicar.



INSISTIENDO, amigo mío, en lo
sentado en el capítulo ante-
rior, paréceme que disteis en
el hito al señalar, como fór-
mula de la gobernación de
la familia, así como de la del
Estado, la que al final de ella señalasteis.
Volvédmela á recordar, porque hay cosas
que nunca están de sobra repetidas.

—Pláceme que os cayese en gracia. De-
cía, pues, que el cargo y ministerio de go-
bernar, así la familia general de todos que
es el Estado, como el Estado particular de
cada uno que es la familia, consiste en
*cumplir el gobernante la ley de Dios, y ha-
cer que la cumplan todos sus gobernados.*
Hoy día es, todo el mundo, político y so-
ciólogo; y así andan las cosas de él turba-
das y revueltas, desde que á cada hijo de
vecino se le ha antojado tomar cartas en la,
por lo visto, muy fácil y hacedera empresa
de gobernar repúblicas.

—A la vista lo tenemos, por nuestra desgracia.

—¡Cómo que sí! Menudean por tanto las teorías y sistemas de gobierno y las Constituciones para todos usos y gustos, y no hay aprendiz de sastre ó maestro remendón, que no hayan discurrido en sus ratos de ocio algo de eso, para proponerlo como última novedad á sus administrados, el día en que les toque el turno de hacerlos felices desde la ministerial poltrona. Pocos, empero, han de llegar á tales alturas, y así para muchos ha de ser en balde lo que cavilan sobre el particular. No así, ciertamente, en lo de gobernar su casa, que en eso ha de entrar todo ciudadano, chico ó grande, á la hora que menos piense.

—Ciertamente.

—Convenía, pues, que la ciencia y arte de ese gobierno (que ambas cosas es, ciencia y arte) los pusiese Dios al nivel de las fuerzas y aptitudes de la generalidad, no en el rango y categoría de lo extraordinario y heroico. No deben ser Licurgos ó Solones los representantes de esa autoridad; bástales ser buenos cristianos, que por lo mismo que es ésta vocación común, no

exige más que virtudes comunes. Lo doloroso es que ni aun éstas se resignen á practicar los más de los padres en el ejercicio de su jurisdicción familiar. La primera base, pues, de la constitución doméstica, debe ser el reconocimiento pleno de la soberanía de Dios en ella, mediante el acatamiento público y pleno que en ella se preste á toda ordenación divina, así natural como sobrenatural.

— ¡Magnífico! ¡Teocracia pura!

— Sí, amigo mío: teocracia pura ha de ser, para que resulte antiliberalismo puro. Teocracia pura, y ya sabéis que yo no tengo horror, como muchos, á ciertas palabras, ni aun á 'ésa que tan horrisona ha llegado á parecer á algunos. Teocracia pura; es decir, reconocimiento pleno y público de Dios, como primer Soberano de la familia, y en consecuencia reconocimiento pleno y público de que el que ejerce la autoridad visible en ella, no la ejerce por derecho propio, sino como mandatario de aquella otra invisible autoridad. Reconocimiento pleno y público de que el fin de la familia, como del hombre y de todas las criaturas, es el servicio de ese Soberano

para mayor gloria de El y felicidad nuestra temporal y eterna, y que por lo mismo la familia, no menos que el individuo, han de rendirle culto y obediencia. ¿Vais viendo, amigo mío, cuán nuevos horizontes se abren al hombre pensador, desde que se toma este punto de partida para el ordenamiento de la sociedad doméstica?

—¡Como debiera tomarse también para el ordenamiento de la sociedad civil!

—No nos metamos ahora en esos dibujos, amigo mío, que no es ocasión. Es, empero, lo cierto, que si tal piedra angular se sienta en la constitución de la familia, todo nace lógicamente de ella y se presenta en ella perfectamente organizado. Si tal principio y fundamento no se establece, no sé ciertamente por dónde puede irse á ninguna de las conclusiones necesarias para su estabilidad y concierto. El mero hecho de ser un hombre padre de otros hombres, no da de sí lo bastante para que aquél crea tener sobre éstos la autoridad moral que se necesita. La sola naturaleza no obliga al hijo á depender del padre y de la madre más que durante el período en que éstos son necesarios á aquél para su desarrollo

natural. Y para esto, es decir, para criarse el hijo gordo y retozón, no había ciertamente necesidad de que se pusiese en el Decálogo aquel severo cuarto mandamiento: *Honorem patrem tuum et matrem tuam*: «Honra á tu padre y á tu madre.» Si la paternidad humana prescinde de Dios, «de quien toda paternidad procede,» no tiene aquella su paternidad otros deberes ni por lo mismo otros derechos, que los que tienen los irracionales sobre sus crías, que al fin también los irracionales son padres en todo el rigor de verdad.

—No hay duda, ni puede contestar á eso razonablemente ningún materialista.

—Más alto, pues, radica la jefatura de la familia; más alto que en el solo hecho de la procreación; más alto, y tan alto que sólo puede radicar en lo más alto, que es Dios. Porque supongo no habrá nadie tan zote que nos salga con que esas atribuciones son debidas á la ley civil, cuando sabido es que la sociedad doméstica es anterior á aquélla, y que aquélla ha nacido de ésta, lejos de haber recibido ésta de aquélla su organización y atribuciones. No, las leyes civiles no han creado la patria potes-

tad, ni las relaciones morales entre padres é hijos. No han hecho más que reconocerlas y darles carácter jurídico y ampararlas con sanción exterior. Dios, pues, que es, como tantas veces se le llama en el Evangelio, el gran *Paterfamilias*; Dios, de quien todos somos hijos; Dios, y después de la revelación de Jesucristo, su Iglesia Santa; he aquí el eje central sobre que deben girar todas las relaciones secundarias del orden doméstico. He aquí lo que teórica ó prácticamente desconoce el Liberalismo casero, como en su más amplia, pero no más importante y trascendental esfera, lo desconoce teórica ó prácticamente el Liberalismo político ó social.





N la casa ó familia, hay que dividir los miembros de ella en cuatro grupos: el de los padres (padre y madre), con sus mutuas relaciones de esposos; el de los hijos, con sus deberes en orden á aquéllos y sus mutuas relaciones de hermanos; el de los demás deudos, que accidentalmente forman parte de la agrupación doméstica, como tíos ó sobrinos ó cuñados; y finalmente, el de los criados y jornaleros que viven bajo el techo común del amo, y que también por este concepto forman parte, de lo que en lenguaje jurídico se llama *familia* ó *familiares*. ¿Estáis conforme con esta cuádruple división?

—Sí, estoy y no cabe admitir otra, ni más extensa, ni más reducida.

—Pues bien. Nuestro plan podría concretarse á recorrer uno por uno los grados de esta doméstica jerarquía, y ver la fór-

mula cristiana de sus deberes en oposición á la fórmula racionalista ó liberal, que es la que hoy comúnmente se les predica y ellos por desgracia practican.

—De deberes habláis, ¿y por qué no también de derechos?

—Pues es claro, hombre de Dios; porque con hablar de deberes, se habla ya de derechos, que son los correlativos á ellos. Así el deber de los padres para con sus hijos se convierte en derecho de éstos para con aquéllos, y el deber de los hijos para con los padres, es ni más ni menos que el derecho de éstos á que los hijos les cumplan este deber. El derecho es una palabra sonora al oído y simpática al amor propio, de la que se hace hoy frecuente abuso para halagar apetitos y tendencias no siempre de buena ley; pero es palabra huera y sin sentido práctico, si no se relaciona necesariamente con aquella otra tan austera y rígida del deber. Prediquemos y formulemos y hagamos efectivo éste, y resultará aquel otro más garantido con eso solo, que con todas las declamaciones tribunicias con que se le pondere y ensalce. ¿No sois de este parecer?

—No tanto quizá como vos, pero comprendo que no es razón lo que os falta.

—Pues como ella no me falte, nada más necesito, amigo mío, para poner de mi parte á todos los espíritus rectos y desapasionados.

Empecemos por lo primero.

Tiene la sociedad civil en su seno, como germen y primer rudimento suyo, la sociedad doméstica; y de igual ó parecida suerte la sociedad doméstica tiene en su seno, como primer germen y rudimento suyo, la sociedad conyugal. Marido y mujer, santamente unidos según Dios, forman el elemento primario de la familia; la piedra fundamental de ella, si la comparamos á un edificio; la entraña más noble y delicada, si la comparamos á un cuerpo animado. Por eso, así como suele ser la sociedad civil lo que es el conjunto ó generalidad de las sociedades domésticas que la constituyen, así la sociedad doméstica suele ser y será siempre por necesidad lo que sea la sociedad conyugal, de la que es ampliación ó desarrollo.

—No parece mal hallada la analogía.

—Salta á la vista, y no se ha de ser lince para descubrirla.

—Seguid.

—Dado este carácter de la sociedad conyugal, síguese también por necesidad que si algo hay delicado en el hogar doméstico, es esto; siguiendo la ley ordinaria del humano organismo, donde las vísceras más importantes y esenciales son, por lo regular, las más delicadas.

—También eso es cierto, y nos lo dicen la fisiología y la experiencia.

—No extrañaréis, pues, que por ahí empieza su negra labor el Liberalismo al tratar de socavar y minar la familia cristiana; por ahí empieza ésta á corromperse y á pudrirse y á gangrenarse; por ahí le vienen al fin á la familia la inevitable disolución y la muerte.

—Veámoslo.

—Ha de estar basada la sociedad conyugal en la unión de los corazones. Es esto vulgar y trivial de puro sabido. Mas la unión de los corazones se bastardea de dos maneras: ó cuando se verifica sólo por móviles de grosero material interés, ó cuando se la hace consistir solamente en el hervor de apasionados afectos, por lo común pa-

sajeros, tanto como apasionados. ¿Os parece si he dicho algo?

—Habéislo dicho todo, abrazando los dos extremos por los cuales aparece más frecuentemente falseado el carácter de la sociedad conyugal en nuestros días.

—Sí, amigo mío: el positivismo materialista hace de él un mero contrato mercantil; el vago idealismo sentimental tiende á convertirlo en drama ó capítulo de novela.

—Exactamente.

—Y en uno ú otro de estos dos escollos naufraga con dolorosa frecuencia el verdadero concepto de la vida conyugal cristiana, que ¡reparadlo bien! ni ha de ser una operación financiera, ni un vaporoso idilio de poesía romántica. Cristo Nuestro Señor, y su santo Evangelio, deben inspirarla y dirigirla y llevarla á feliz término; no Mercurio con su bolsón, ó Cupido con su venda en los ojos, falsos dioses de la gentilidad, que es vergüenza tengan aún hoy, en plena edad cristiana, tantos discípulos y adoradores...

—Siempre los tuvieron.

—Pero nunca como hoy, amigo mío,



No Mercurio con su bolsón...

nunca como hoy. En esa primera etapa de la vida de la familia, que es el concertarse el pacto fundamental de ella, y el trabarse su primer eslabón, nunca se tuvo menos en cuenta que hoy á Dios, nuestro Señor, y en cambio nunca se verificó con tan amargo suceso aquello del Salmo: «Si no edifica el Señor la casa, en vano trabajan los que la edifican.»

—¿Y llamáis á eso Liberalismo?

—¿Cómo no? Liberalismo político es la ausencia franca ó embozada de Dios y de su influencia en la constitución de la familia social; ¿por qué no ha de llamarse Liberalismo doméstico la ausencia más ó menos explícita de Dios en la constitución de la sociedad doméstica? Pretender que se basta el hombre á sí mismo para el orden de la sociedad, es la soberbia del Liberalismo, que es satánico por el parentesco que tiene (palabras son del Papa) con el grito de independencia dado por Lucifer: ¿y no ha de llamarse soberbia luciferina de igual clase la del marido y mujer, que al propóñerse fundar un hogar y constituir una familia, empiezan por decirle á Dios: «Retírate á tu cielo, que para cielo nuestro te-

nemos nosotros nuestro amor ó nuestro dinero. Nos bastamos uno á otro para ser felices, y para nada necesitamos de Ti?» ¡Cuántos matrimonios hay de esos, aun entre católicos que se casan ante el párroco, matrimonios que, como decía con gracia un amigo mío, si no han de llamarse matrimonios por lo civil, pueden llamarse al menos matrimonios por lo criminal! Y ¿qué más da, en cierto sentido, que se declare laica la unión por formalizarse ante el juez, previa abjuración de la fe católica, ó que se verifique sacramentalmente, es verdad, ante la Iglesia, pero sin haber tenido en cuenta para nada, antes ni después, la ley y la voluntad de Dios? He aquí, pues, el primer caso fulminante de Liberalismo práctico en que incurren en el acto más trascendental de su vida muchos católicos... y muchas católicas también, y perdonen ellas el modo de señalar.



VI



NA cosa tenemos ya en limpio, tocante á concierto de matrimonios. Y es que éstos no debe concertarlos el interés, ni la pasión, como casamenteros principales y mucho menos como gerentes únicos, que suelen ser de eso en la edad presente. Algún papel secundario puede concedérseles en el asunto; nunca el de jueces con voto decisivo.

—¿Quién ha de ser, pues, el que diga en eso la primera y última palabra?

—Siendo el hombre y la mujer seres racionales, ha de ser la razón. Y siendo además cristianos estos dos seres racionales, ha de ser la razón cristiana.

—Categórico es y no tiene vuelta de hoja. ¿Y qué dicta sobre eso la razón, y más particularmente la razón cristiana?

—Pues dicta... todo lo contrario de lo que suelen practicar en el día hombres y

mujeres racionales y cristianos, empeñados en no mostrarse en esta trascendental materia ni cristianos, ni siquiera racionales. Dicta que el hombre que busca mujer, ó la mujer que busca marido, han de atender primariamente á las condiciones esenciales de lo que buscan, antes que fijarse en lo meramente accidental y secundario. Esenciales son ante todo las creencias y virtudes del compañero ó compañera al que quieren asociar su vida; esenciales son también las cualidades de carácter, educación, hábitos contraídos, etc. Lo último después de eso, han de ser los céntimos ó millones. Lo más último después de todo, han de ser el garbo y la buena cara.

—Encontraréis, me parece, pocos que os sigan en tan adusto sistema de matrimoniar.

—Sin duda por ello son tan pocos los matrimonios-modelos en la época presente. Reparad, amigo mío, que prendarse un hombre de una mujer, ó viceversa, por sus fincas ó dote, no es prendarse en realidad de tal mujer ó de tal hombre, sino de lo poco ó mucho que tienen en caja. Así como enamorarse los tales uno de otro

por su gallardía corporal ó buen parecer, no es más que pagarse del más ó menos vistoso arreo que traen consigo. Decidme, y perdonad la comparanza: el que comprase un caballo ó jaca en el mercado sólo por verlos brillantemente enjaezados, sin atender á las condiciones de la bestia, ya que los jaeces no son propiamente de ella, sino del chalán que así quiso presentarla, ¿obraría como cuerdo mercader y como avisado tratante en caballerías?

—No, ciertamente.

—Pues aplicad el caso, y otra vez y otras ciento volved á perdonar. Si es locura proceder así tratándose de bestias, habrá de ser locura más que bestial proceder así tratándose de personas. Y así procede indudablemente la moza que se contenta para marido con un galán, que no aporta al contrato conyugal más que sus valores en caja ó su gentileza y gallardía; ó el mancebo atolondrado, que no requiere en su futura otras prendas de valer que la carta dotal, ó los ojos de cielo, ó las mejillas de rosa, ó los labios de carmín, de que tanto gasto hacen por ahí cada día los poetas. Pues todo esto, así lo que se cotiza en metálico

- efectivo, como lo que se canta en versos ó prosa poética, no es al fin más que exterior arreo del hombre y de la mujer, algo que los viste y decora por fuera, encubriendo frecuentemente un interior vil y miserable; algo que influye poco, poquísimo, en la felicidad de la vida; algo que está expuesto á mil azares y contratiempos, y de que despoja en un dos por tres la incierta fortuna, antes que de todo acabe por despojar la muerte. Esas riquezas y esas lozanías son de quitipón, y el que concentre en ellas sus aspiraciones únicas, es fuerza se quede á lo mejor tristemente defraudado. Quien imaginó trabar fuertemente con ellas el lazo de la conyugal sociedad, no ha de tardar en convencerse de que erró la cuenta y edificó sobre deleznable arena. Otras cosas necesita el alma para su unión con otra alma, ¡que al fin sociedad de almas ha de ser la de los esposos, aunque afecten no pensar ni creer que la tengan muchos de los que hoy se estilan!

—Tenéis razón.

—No han de resolver, pues, la cuestión que nos ocupa, el criterio mercantil, ni el criterio sentimental, sino la ley de Dios y

la filosofía cristiana. La inspiración que guíe, para acertadamente elegir esposo ó esposa, no la han de dar el negocio ni la novela, sino la oración. Para casarse bien ha de pedirse á Dios y á los hombres de Dios el consejo, más que para cualquier otro lance de la vida; no al mezquino interés, no á la volubilidad de las pasiones. Nadie se embarque para emprender tal navegación, si no trae esa brújula de la fe por guía y esos graves documentos de ella por lastre.

—Quizá por eso son tantos los barcos conyugales, que se rompen á pedazos cada día al más pequeño golpe de mar, ó que por lo menos hacen su viaje penosamente y con continuas averías.

—Sí, por eso es y por algunas otras causas que iremos viendo con el favor de Dios.





—Esto el mal principio, principio descarada ó embozada-mente liberal, de que adolecen hoy multitud de matrimonios en su formación, ya no extrañaréis, amigo mío, que la tal enfermedad inoculada en la familia, siga en ella su curso, y la corrompa con su infección y acabe muchas veces por matar en la misma todo espíritu cristiano.

—Tenémoslo desgraciadamente muy á la vista todos los días, y apenas cabe dar otra explicación de los estragos que en eso lloramos, y que, espantosamente trascienden luego á la sociedad civil.

—En efecto, amigo mío: ni se concibe pueda suceder de otra manera. En tratos de boda los desposados procuraron alejar de sí como importuna la idea de Dios, y como insoportable su amoroso yugo. Realizada ya aquélla, es lógica igualmente tal proscripción del seno del hogar y de la educación de los hijos. Se esperan éstos y se

reciben, como si no fuesen debidos antes que á nadie á Nuestro Señor, y como si á Nuestro Señor no se debiese dar antes que á nadie cuenta de ellos. Mas no anticipemos conceptos, que muy luego tendrán su más propio y adecuado lugar. No nos movamos por ahora del pequeño círculo cerrado de la sociedad conyugal. ¿Cómo viven los esposos en la sociedad moderna?

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Con qué registro nos sale ahora vuesa merced, amigo mío de mi alma! Pues ¿cómo han de vivir? viven á la moderna, y pare V. de contar.

—Bien habéis dicho, y gráfica es vuestra respuesta: viven á la moderna, que es como decir que viven á la pagana, en orden á sí propios en sus mutuas relaciones, y en orden á las relaciones de ambos con su Divina Majestad. A la pagana viven y menos que eso, porque paganos hubo, en la sociedad gentil anterior á Cristo, que pudieran hoy dar lecciones de moralidad doméstica á muchos cristianos, ó que por lo menos tienen de tales el santo bautismo; Obsérvase aquí entre otros un fenómeno singular. Antes de casarse alardearon los novios de una intimidad, que pudo á alguien parecer ya más propia de casados

que de aspirantes á esta categoría. Después de la bendición nupcial, y pasado el ruido de su fiesta, empiezan por lo común á alardear de un mutuo alejamiento y desvío, que á quien fuese corto de vista podría parecer escrupuloso recato de solteros más bien que afectuosa intimidad de casados. ¿Habrás visto más curioso viceversa?

—Lo es en verdad.

—Pues, vaya si lo es. Cuando la ley de Dios imponía los respetos de una pudorosa reserva, se hallaba ridícula ésta, y se la llamaba cortedad de genio y mogigatería. Cuando después la ley de Dios impone la mutua confianza y el santo compañerismo de dos seres que deben formar dos almas en una, hállase entonces cursi y de mal tono esa sagrada y bendecida fusión de los corazones é identificación de los gustos y voluntades: ¿Es posible llevar más directamente la contra á Dios, sólo por prurito de llevársela y de complacer á sus enemigos, mundo, demonio y carne?

—Decís bien, porque sólo á estos últimos se pide el figurín de estas modas, y la norma de tales matrimonios al uso.

—Por lo cual, así salen ellos de mundanos y carnales y endiablados, que no hay

más que pedir. El simbólico *yugo* (de donde viene la palabra cónyuges y conyugal), ya no es lazo de amorosa sujeción á la ordenación divina, sino violenta cadena de odiosos deberes, que muchas veces, si no se rompen con estrepitoso escándalo, es solamente por el respeto á lo que se llaman las conveniencias sociales, más fuertes para muchas almas que el estricto dictamen de la conciencia. Sordos egoísmos minan y socavan entre tanto aquella aparente unión, que ya no lo es más que de forma: el hastío sucede á la veleidosa pasión; el amor propio endiosado rebélase contra todo lo que suena á abnegación y sacrificio; la parte más débil sucumbe al fin á la brutalidad de la que se siente más fuerte. Si el más fuerte es el marido, ¡qué dolorida y oprobiosa y aflictiva la condición de la mujer! Si es más fuerte la mujer, ¡qué vergonzosa y qué indigna y qué miserable la condición del marido! ¡Qué sentina de doradas podredumbres es entonces el matrimonio, si pertenece á la clase aristocrática ó siquiera acomodada! Y ¡qué albañal de inmundicias, no más sucias, pero sí más al descubierto, es el mismo matrimonio en las clases medianas ó inferiores!



La parte más debil sucumbe al fin á la brutalidad..

—Sábelo la crónica escandalosa de los salones, y sábenlo tal vez mejor los estrados de la Audiencia ó del Provisorato eclesiástico en los primeros, tanto como de los segundos lo sabe el alcalde de barrio, ó lo comenta la chismografía de la vecindad.

—Merecido castigo, iba á decir justa venganza, de los fueros de la divina ley olvidados y pisoteados por el orgullo del hombre y de la mujer, que se juzgaron é hicieron únicos reyes de sí propios y únicos legisladores de su contrato conyugal, que más que contrato sacramental parece contrata de negocio, según lo que da pie cada día á discordias y litigios.

(Se concluirá).